

La cruz es el centro

Comenzó un viernes por la mañana, sobre las 9:00. Terminaría a las 3:00 de la tarde. ¿Qué se puede hacer en seis horas? En nuestro mundo moderno y tecnológico, se puede enviar correos electrónicos a todo el mundo, comprar un automóvil y viajar 480 kilómetros o más. Se puede subir a un avión e ir de un extremo a otro del país. Se pueden hacer muchas cosas en seis horas. Pero ese día fue hace más de 2000 años.

¿Qué hacía la gente en esas seis horas? Probablemente como cualquier otro día, un agricultor se levantó y empezó a arar su campo porque era primavera y ya era hora de sembrar. Un ama de casa, estoy segura, se levantó y empezó a ocuparse de sus quehaceres domésticos. Un comerciante abrió su tienda y trabajó arduamente durante seis horas, preparándose para el Sabbath y la Pascua. Se puede hacer mucho en seis horas. Pero todo lo que se hizo en Jerusalén durante esas seis horas, y de hecho todo lo que se hizo en todo el mundo en todos esos días juntos, palideció en comparación con lo que se hacía en un monte llamado "Calvario". Un hombre estaba siendo crucificado, un hombre muy especial, clavado en una cruz romana. La suya estaba en una de las tres cruces erigidas ese día, la del medio.

Un visitante que llegara a Jerusalén ese día podría haber visto las cruces, meneado la cabeza y pensado: «¡Oh, una de esas ejecuciones tristes pero necesarias para mantener la paz y la justicia!». Los soldados romanos asignados a la tarea sabían poco de este misterioso joven carpintero que se negaba a mendigar, quejarse ni quejarse. No tenían ni idea de que quien prácticamente

se postrara en esa cruz pudiera ser algo más que un simple nazareno.

Ah, pero empezaron a suceder cosas extrañas. Primero, la oscuridad, una negrura más oscura que un eclipse. El cielo tenía una penumbra inquietante e infernal. Era como si Dios, el Padre, le hubiera dado la espalda a la tierra, quizá incluso para derramar una lágrima. Luego vino el terremoto del que habla Mateo. Un misterioso estruendo proveniente de las entrañas de la tierra hizo que las rocas se partieran. Los prisioneros de la tumba fueron liberados de las frías garras de la muerte. Por toda Jerusalén corrieron rumores de que los cuerpos sepultados caminaban por las calles; sin duda, sus seres queridos los vieron y hablaron con ellos.

La cortina, ese enorme velo del templo que separaba el Lugar Santísimo del Santo de los Santos, se rasgaba. El lugar donde solo una vez al año, como Sumo Sacerdote, recibía la sangre de un cordero sin defecto para rociarla sobre el propiciatorio y hacer expiación, un sacrificio por todo el pueblo. Esa cortina medía 12 metros de alto y pesaba varias toneladas. Pero durante esas seis horas, alguien, algo, de alguna manera, rasgó esa enorme cortina de arriba abajo como si dos grandes manos la desgarraran. Como si el gran Dios del universo dijera: «El sumo sacerdote ha entrado en el Lugar Santísimo por última vez, en el último Día de la Expiación. Nunca más tendrá que entrar allí».

Bueno, este no era un viernes cualquiera. Jerusalén estaba sumida en un misterio que no podía comprender. La gente comenzaba a preguntarse al ver algunas cosas y oír otras. ¿Sería posible? ¿Sería posible? ¡No! No podía ser. Ese Nazareno podría ser algo más que un simple hombre, algo más que un simple carpintero que vivía en

Nazaret, tal vez incluso algo más que un profeta. Casi se podía escuchar el proceso de pensamiento completo de toda una comunidad. De hecho, hablaron de ello durante días y días.

¿Recuerdan Pentecostés? ¿Recuerdan cómo 3000 personas fueron bautizadas en un solo día? ¿Se han preguntado alguna vez cómo 3000 personas fueron bautizadas en un solo día? No fue solo el poder de un sermón. Lo que sucedió en Jerusalén ese día fue de lo único que todos hablaron durante siete semanas. ¿Qué significaban todas esas cosas misteriosas? Entonces Pedro, ese día de Pentecostés, inspirado por el Espíritu, lo abrió. Dijo: «Ese era el Hijo de Dios en esa cruz». Por eso sucedió.

¿Te has parado a pensar alguna vez en su importancia para la historia humana? Todo el tiempo se mide por ella. Todo este libro, la Biblia, es su historia. Toda la historia del Antiguo Testamento apunta a ella, como un símbolo de lo que vendría. Ahora bien, un símbolo es una persona, lugar o cosa en la religión hebrea que prefigura o anticipa una persona, lugar o cosa en el Nuevo Pacto. En otras palabras, era un símbolo en aquel entonces que prefigura o anticipa algo aquí. Francamente, el Antiguo Testamento está lleno de hermosos símbolos. Cuando te tomas el tiempo de verlos y comprenderlos, te ayuda a reconstruir la magnífica providencia de Dios y puedes ver que la historia es la misma a lo largo de la historia, apuntando a la misma conclusión.

Los símbolos más bellos del Antiguo Testamento son aquellos que presagian la cruz. ¿Recuerdan la primera Pascua? Mientras la negrura de la plaga de la muerte de los primogénitos se extendía por Egipto, sin duda prefiguró la negrura del mediodía de ese viernes, justo cuando un Cordero fue inmolado en cada uno de esos hogares hebreos esa noche para que el ángel de la muerte pasara

de largo, dejando a esa familia ilesa. Preparó el escenario para el momento en que el verdadero Cordero, el Cordero de Dios, sería inmolado, permitiendo que la muerte pasara de nuevo sobre la humanidad.

¿Y qué decir de esa Arca de la Alianza, la misteriosa Arca de la Alianza que se nos presenta en

¿Éxodo 25 en el Monte Sinaí? ¿Recuerdan el nombre de la cubierta del Arca de la Alianza? Se llamaba "El Propiciatorio". En ese "Propiciatorio", una vez al año, el sumo sacerdote entraba al Lugar Santísimo con la sangre de un cordero sin defecto y rociaba gotas de sangre sobre el Propiciatorio para que el pecado fuera quitado. Pero fue en la cruz donde se estableció el verdadero propiciatorio y donde la sangre del sacrificio perfecto no solo fue rociada, sino que fluyó para quitar todo pecado para siempre.

¿O qué tal cuando los israelitas habían estado murmurando, quejándose y pecando de nuevo, y Dios los arrojó en medio de serpientes venenosas, que los mordían y mataban? Entonces Moisés, después de orar, formó una serpiente de bronce, la colocó en un asta y la levantó. Su cura de una muerte segura era gratuita y estaba disponible para todos. Pero tenían que actuar por su cuenta. Tuvieron que contemplarla para vivir. Pero al hacerlo, no se ganaron la cura, pues era gratuita para todos. Al contemplar la serpiente de bronce, no obraron, pero sí actuaron para vivir. (Números 21) Jesús dijo en Juan 3, al igual que aquella serpiente de bronce: «Si yo fuere levantado, atraeré a todos hacia mí». Podría mencionar docenas más, pero el Antiguo Testamento es como un enorme letrero con una flecha que dice: «Por aquí a la cruz. Por aquí a la cruz».

Entonces, cuando Jesús vino, vivió para ello. Vivió para la cruz.

Desde su infancia, la cruz proyectó su sombra sobre él. Desde el mismo día en que vino a este mundo en Belén, donde no había lugar en la posada, le decía en ese preciso instante: «No hay lugar para ti en este mundo. No encontrarás alojamiento aquí. Serás rechazado e incluso crucificado».

Los evangelios nos registran no menos de una docena de relatos diferentes de Jesús prediciendo su propia muerte. Pienso en Mateo 16, cuando él y sus discípulos estaban descansando en Cesarea de Filipo. Jesús preguntó: "¿Quién creen que soy?". Después de que especularan y comentaran lo que decían otros, Pedro lo miró y dijo: "Tú eres el Cristo, tú eres el Hijo de Dios vivo". Jesús dijo: "Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre celestial". Jesús sabía ahora que los hombres que llevarían a cabo aquello por lo que él iba a morir comenzaban a comprender. El versículo 21 dice que, inmediatamente después, Jesús comenzó a explicar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén y sufrir mucho a manos de los ancianos, los sumos sacerdotes y los maestros de la ley; que debía ser ejecutado y resucitar al tercer día.

Dijo lo mismo en Mateo 17, 20 y 21. En Mateo 26, durante la Última Cena, les dijo de nuevo: «Me van a matar». En las pocas horas posteriores, en el Huerto de Getsemaní, se postró rostro en tierra y preguntó si había otra opción. Sabía que había nacido para este destino. La cruz era el propósito por el que Jesús vino aquí, y siempre lo supo.

Todo el Nuevo Testamento lo refleja. Pablo dijo: «Los judíos piden señales milagrosas y los griegos buscan sabiduría, pero nosotros

predicamos a Cristo crucificado: piedra de tropiezo para los judíos y locura para los gentiles» (1 Corintios 1:22, 23). «Porque me propuse no saber nada mientras estuviese con vosotros, excepto... Jesucristo, y a este crucificado. (1 Corintios 2:2) “Que nunca me gloríe sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.” (Gálatas 6:14) ¿Ves esas tres afirmaciones? Pablo dijo: “Todo lo que conozco es a Cristo crucificado.” Luego dijo: “Todo lo que predico es a Cristo crucificado.” (1 Corintios 1:23) “De lo único que me glorío es de la cruz de Cristo, Jesús crucificado.” (Gálatas 6:14) “Para mí el vivir es Cristo, y morir sería ganancia,” porque él fue crucificado. (Filipenses 1:21)

Amigos, si revisan la Biblia, el Nuevo Testamento, verán que cada sermón predicado por Pablo o Pedro se centra en la crucifixión y resurrección de Jesús. Así que, ya sea el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento o toda la Biblia, la cruz es central.

Hace años, en la Marina Real Británica, en sus grandes veleros, se tejía un hilo azul justo en el centro de la cuerda que se usaría para izar la vela mayor, porque querían que esa cuerda fuera distinguible. Si necesitaban izarla en una emergencia, para huir de un enemigo o para evitar una tormenta, buscaban la cuerda con el hilo azul justo en el centro. La cruz debería ser así. Siempre visible y accesible. Es lo principal, no solo en este libro, sino en la vida misma. Debería estar en el centro de todo lo que hacemos; en el centro de nuestro estilo de vida, en el centro de nuestra vida familiar, en el centro de nuestra vida laboral y escolar. Si alguna vez quitamos a Jesús y su cruz del centro, lo perdemos todo.

¿Has visto alguna vez letreros en postes que digan "Cable eléctrico enterrado aquí"? Esos son los dichos de la cruz. Llegas a uno de esos

dichos, excavas y allí hay poder: toda una fuente de poder en nuestras vidas si nos tomamos el tiempo para comprenderlo. Las últimas palabras de Jesús fueron: "Consumado es" (Juan 19:30). ¿Qué ha terminado? El plan divino para redimir a toda la humanidad ha terminado. El miedo del hombre a la muerte ha terminado. El poder de la culpa ha terminado. La incertidumbre del mañana ha terminado.

Las siguientes lecciones de esta serie se centrarán en siete increíbles declaraciones del Hijo de Dios en forma humana. No sé ustedes, pero para mí, nada fue más asombroso en todo el espectro de ese drama divino que llamamos la cruz que esas siete palabras de Jesús. ¿Qué dirías si estuvieras camino a ser ejecutado? Si fuera un castigo lento y tortuoso como el que recibió Jesús, ¿qué te atreverías a decir mientras colgabas de la cruz?

Jesús escogió cuidadosamente las palabras que pronunciaría en la cruz. No fueron frases al azar pronunciadas por un mártir afligido. Fueron declaraciones intencionadas de Dios mismo para darnos algunas pistas sobre la insondable profundidad del significado de la cruz en la que colgaba.

1. **Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen..**(Lucas 23:34)

Esas son palabras de perdón. Dirigidas a ese público inmediato, pero que se extienden mucho más allá de ellos.

2. **Hoy estarás conmigo en el paraíso.**(Lucas 23:42, 43)

Jesús se volvió hacia el ladrón y le dirigió palabras de aceptación a un delincuente común, la última persona en el mundo que uno pensaría que debería estar en el paraíso ese día. Una persona que, a diferencia de Jesús, estaba allí por los crímenes que había cometido.

3. **Querida mujer, aquí está tu hijo.** Y al discípulo (Juan): He aquí a tu madre. (Juan 19:25)

Palabras de consuelo, incluso en medio de su agonía, las hermosas palabras de consuelo.

4. **Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?**
(Mateo 27:46)

¿Qué significan esas palabras? Palabras de separación, una separación horrible, pero una separación que debía ocurrir si queríamos vivir para siempre.

5. **Tengo sed** (Juan 19:28)

Las palabras de la humanidad nos muestran que Jesús no era un bicho raro, era como tú y como yo. Sufría, tenía sed, tenía hambre y comprendía nuestro dolor.

6. **Esta terminado**(Juan 19:30)

Las palabras de victoria. Las palabras más grandiosas jamás pronunciadas.

7. **En tus manos encomiendo mi espíritu**(Lucas 42:36) Las grandes palabras de la entrega definitiva.

La cruz está en el corazón de nuestra fe. Es la parte central de lo que defendemos. Es la única razón por la que podemos reunirnos como comunidad de fe.

Esta semana me encontré con una parábola moderna que, me temo, revela la situación de demasiadas personas y, de hecho, de demasiadas iglesias. La parábola habla de una iglesia que construyó un edificio nuevo. Lo hicieron espectacularmente bonito y detrás del púlpito colocaron un letrero que decía: "Predicamos a Cristo crucificado". Luego, en la esquina inferior, colocaron una pequeña planta en maceta, una de esas enredaderas que trepaban por la pared como decoración. Con el tiempo, la enredadera comenzó a crecer y, al crecer, la congregación comenzó a apaciguarse. Después de un tiempo, cubrió la última palabra, "crucificado". La parte legible del letrero solo mostraba "Predicamos a Cristo". Efectivamente, no tanto la cruz, sino al amable Jesús, con su orientación social y su compasión por todas las necesidades. Pero la enredadera siguió creciendo y la congregación se apaciguó, y después de un tiempo, solo se veían las palabras "Predicamos". Finalmente, simplemente se olvidaron de Cristo. La idea era un evangelio humano, una religión humana que respondía a las necesidades humanas, buscando cualquier respuesta, pero no una cruz. Finalmente, la vid siguió creciendo hasta que solo quedó la palabra "Nosotros". Ruego a Dios que en nuestra vida sigamos proclamando a Cristo crucificado.

Si te preguntas en qué medida la cruz está en el centro de tu ser, responde hoy estas tres preguntas en tu corazón.

1. **¿La cruz te lleva a arrodillarte en agradecimiento?** ¿Te postras ante eso y das gracias a Dios por el hecho mismo de que las puertas del cielo están abiertas debido a ello?
2. **¿La cruz te libera de la culpa?** ¿O estás cargando con un saco lleno de ella y no estás depositando esa culpa en la cruz para que haga el trabajo que fue diseñado para hacer?
3. **¿La cruz te hace entregarte diariamente a Dios?** ¿Estás muriendo en tu propia cruz y dejando que Cristo viva en ti?

Si no puedes responder a estas tres preguntas hoy tan bien como quisieras, espero y rezo para que, al terminar esta serie, tu vida haya cambiado. Sublime Gracia, Lección n.º 1250, Steve Flatt - 18 de febrero de 1996